

Bécquer, *Rimas*.

RIMA VII

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

10

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!».

20

RIMA XXI

—¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul,  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.

30

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.

40

Pero aquellas, cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.

10 Pero mudo y absorto y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido...; desengáñate,  
¡así... no te querrán!

### RIMA LXXIII

20 Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos,  
taparon su cara  
con un blanco lienzo,  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

30 La luz que en un vaso  
ardía en el suelo,  
al muro arrojaba  
la sombra del lecho;  
y entre aquella sombra  
veíase a intervalos  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,  
y, a su albor primero,  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
de vida y misterio,  
de luz y tinieblas,  
yo pensé un momento:

40 —¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

\*

De la casa, en hombros,  
lleváronla al templo  
y en una capilla  
dejaron el féretro.  
Allí rodearon

sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas  
el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos,  
cruzó la ancha nave,  
10 las puertas gimieron,  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo,  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan oscuro y yerto  
20 todo se encontraba  
que pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

\*

De la alta campana  
la lengua de hierro  
30 le dio volteando  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila  
formando el cortejo.

Del último asilo,  
oscuro y estrecho,  
abrió la piqueta  
40 el nicho a un extremo.  
Allí la acostaron,  
tapiáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro  
el sepulturero,  
cantando entre dientes,  
se perdió a lo lejos.  
50 La noche se entraba,

el sol se había puesto:  
perdido en las sombras  
yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

\*

10 En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crujir hace el viento  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
a veces me acuerdo.

20 Allí cae la lluvia  
con un son eterno;  
allí la combate  
el soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
¡acaso de frío  
se hielan sus huesos...!

\*

30 ¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es sin espíritu,  
podredumbre y cieno?  
No sé; pero hay algo  
que explicar no puedo,  
algo que repugna  
aunque es fuerza hacerlo,  
el dejar tan tristes,  
tan solos los muertos.

40

---

## Rosalía de Castro

### A ORILLAS DEL SAR

II

4

Una luciérnaga entre el musgo brilla  
y un astro en las alturas centellea;  
abismo arriba, y en el fondo abismo;  
10 ¿qué es al fin lo que acaba y lo que queda?  
En vano el pensamiento  
indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!  
Siempre, al llegar al término, ignoramos  
qué es al fin lo que acaba y lo que queda.

Arrodillada ante la tosca imagen,  
mi espíritu, abismado en lo infinito,  
impía acaso, interrogando al cielo  
y al infierno a la vez, tiemblo y vacilo.  
20 ¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana  
con sus ecos responde a mis gemidos  
desde la altura, y sin esfuerzo el llanto  
baña ardiente mi rostro enflaquecido.

¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan solo  
lo puedes ver y comprender, Dios mío!  
¿Es verdad que los ves? Señor, entonces,  
piadoso y compasivo  
30 vuelve a mis ojos la celeste venda  
de la fe bienhechora que he perdido,  
y no consientas, no, que cruce errante,  
huérfano y sin arrimo,  
acá abajo los yermos de la vida,  
más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando a muerto, y siempre mudo  
e impasible el divino  
rostro del Redentor, deja que envuelto  
en sombras quede el humillado espíritu.  
40 Silencio, siempre; únicamente el órgano  
con sus acentos místicos  
resuena allá de la desierta nave  
bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena,  
puñal de doble filo;  
todo, menos la duda que nos lanza  
de un abismo de horror en otro abismo.  
50 Desierto el mundo, despoblado el cielo,

enferma el alma y en el polvo hundido  
el sacro altar en donde  
se exhalaban fervientes mis suspiros,  
en mil pedazos roto  
mi Dios, cayó al abismo,  
y al buscarle anhelante, sólo encuentro  
la soledad inmensa del vacío.

10 De improviso los ángeles  
desde sus altos nichos  
de mármol, me miraron tristemente  
y una voz dulce resonó en mi oído:  
"Pobre alma, espera y llora  
a los pies del Altísimo;  
mas no olvides que al cielo  
nunca ha llegado el insolente grito  
de un corazón que de la vil materia  
y del barro de Adán formó sus ídolos."